



Pedro Guillermo Jara

**Diario de Vida de un funcionario
público a honorarios**

Indice

| |
|------------------------------|
| Aclaración /4 |
| Fumar es un placer vedado /6 |
| El espacio sagrado /7 |
| La ampliación /8 |
| Intromisión /9 |
| Dios Juanito /10 |
| Seguridad y análisis /11 |
| La contralora /12 |
| Reducción de personal /13 |
| El viaje por el papel / 14 |
| El reclamo /15 |
| El premio / 16 |
| Francisco me protege / 17 |
| Sobre el autor /18 |

Aclaración

Este documento fue descubierto por un amigo en la gaveta de un escritorio, en una repartición pública. Me lo regaló porque no sabía qué hacer con él. Al documento le agregué la imagen de Franz Kafka puesto que en varios pasajes el escritor anónimo se refiere a un tal “Francisco”. Deduje que se refería al escritor por el absurdo que trasuntan algunas páginas de este diario de vida. También agregué el epígrafe puesto que reflejaba, de algún modo, el contenido del diario.

(N. del E.)

*“Cuidate, Rodríguez
que te pueden insertar micrófonos
del tamaño de una lenteja en las murallas,
en tu máquina de escribir, teléfonos
citófonos, en tus propios slíps
camarada”.*

Clemente Riedemann, Primer Arqueo, 1991.

1

Fumar es un placer vedado

Me pregunto qué hago aquí, encerrado entre estas cuatro paredes, sin luz natural, bañado por la luz de neón que me transforma en una imagen fantasmagórica.

Continúo tecleando en el ordenador, ingresando los datos que se me ha solicitado. Humedezco mi dedo índice y avanzo las páginas. Tecleo, leo, releo las cifras que se desplazan frente a mis ojos.

Tengo deseos de fumar y me contengo, Francisco.

En la oficina contigua escucho que mi jefa también hojea papeles, carpetas, escribe, suspira, tose.

Pero quiero fumar y me contengo.

En la secretaría suena el teléfono. Nadie responde porque todos partieron temprano para asistir a una actividad que contará con la presencia de la jefa que ha viajado desde el centro administrativo al sur. Tienen que ir por obligación, por una cuestión política. Cuando partieron parecían niños que viajaban a un pic-nic. Yo no fui y los despedí desde la puerta, alzando mi brazo, sonriendo.

Tengo deseos de fumar y me contengo. Es terrible pero me contengo. Me pregunto cuántos compañeros a lo largo del país son fumadores y cuánto tiempo ocupamos en ello.

Salgo a fumar. Me lo merezco. Camino bajo los diez tubos de neón y salgo a la puerta. Me recibe un sol tibio que desconozco. Mi fantasmagoría se esfuma en el fumar. Observo mi reloj. Me demoro exactamente cuatro minutos. Realizo una sencilla operación matemática: seis cigarrillos al día, por cuatro minutos, es igual a 24 minutos que le usurpo Estado en mi vicioso placer.

Y regreso bajo mi neón.

2

El espacio sagrado

Con mi colega compartimos un rectángulo de 7 metros cuadrados. Nuestros escritorios y cuerpos se rozan institucionalmente. Mientras escribo escucho cómo fluye dulcemente la menstruación de mi colega. Ella seguramente escucha cómo se reproducen mis espermas con su sonido de tuercas. En algunas oportunidades nuestros cuerpos se encuentran en el roce: rozo sus senos, erectos, firmes, enhiestos; rozo sus nalgas redondas, adivino el color de su calzón. Me excito institucionalmente. Y ella roza mis muslos, mi pene y se excita institucionalmente. Nuestros labios flotan como mariposas en esta danza. Pero no decimos nada, apenas “disculpa” y nuestros viajes se entrecruzan dentro de este rectángulo de 7 metros cuadrados, con papeles y timbres en nuestras manos.

3

La ampliación

Un amplio patio rodea la casa en donde se ubican las dependencias administrativas. Abandono por un par de minutos mi escritorio y salgo a estirar mis piernas y fumar un cigarrillo. Por un par de segundos desconozco el verde del césped hasta que mi vista se habitúa a su color. Huelo los rododendros. El gallo de la casa colindante agita sus alas y canta. “Eso es hermano gallo, cante, cante, no se imagina la alegría que produce su canto en mi corazón”.

Me desplazo por el perímetro del gran patio, tranco a tranco y calculo: en esta esquina mi escritorio; en el extremo, unos quince metros más allá, el de mi colega. Me pongo de pie, agito mis brazos para llamar su atención:

—¡Colega!... ¿Cuál es el número del último memorándum?

Dada la distancia no parece escuchar. Agito mis brazos para que me vea. Ella levanta la vista, sonrío, agita sus brazos y nuevamente le consulto, ahuecando mi voz:

—¿Cuál es el número del último memorándum?

Ella se coloca de pie y me responde:

—El 234, colega, y continúa transcribiendo cifras.

¿Habrá planes del estado, me pregunto, para ampliar nuestras oficinas?

El gallo canta.

Intromisión

Humedezco mi dedo índice y giro la página. Transcribo las cifras. De pronto el ordenador de mi compañera de trabajo –ausente durante el día– se enciende solo. Doy un brinco. Observo la pantalla y el cursor se desliza marcando distintos íconos. No comprendo, es como si un dedo invisible manipulara un ratón también invisible desde un lugar invisible.

Definitivamente alguien a la distancia, a quien no conozco, lo manipula. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me siento insignificante, desvalido, vulnerable.

Comprendo que no puedo deslizar nada inapropiado en mi ordenador, porque me observan, me controlan, me leen. ¿Acaso, Francisco, escuchan mis silenciosos pedos administrativos?

5

Dios Juanito

Tú eres Dios, el DIOS JUANITO que manejas desde tu escritorio los hilos computacionales de todo el país y sabes de la vida de cada uno de nosotros: desde el más cercano a tu reino hasta el más lejano y oscuro funcionario público que trabaja en un cuartucho perdido entre lengas, lumas y coihues, en la pat-agonía, al fin del mundo.

Dios Juanito, eres un hijo de puta.

6

Seguridad y análisis

Dios Juanito. Por mis colegas nos hemos enterado, con gran escándalo, que te has rodeado de un equipo de analistas y expertos en seguridad y que recurrirían a la documentación que proporcionan los ciudadanos, a través de los fondos concursables, y que se estaría realizando un catastro de ideas y conceptos para saber cuál es la tendencia estética, política y social de los implicados. Que a partir de los objetivos generales y específicos, de la fundamentación y de la descripción de proyectos, ustedes estarían en condiciones de establecer un perfil, a nivel país, de lo que piensan, sueñan, desean los usuarios. Que estos informes serían confidenciales y de seguridad nacional.

Con nuestros colegas pensamos que esta práctica sería grave e ilegal. Pero quedamos sólo en eso: que sería grave, mientras continuamos frente a nuestro ordenador, sagrado y vigilado por toda la eternidad.

Dios Juanito, me cago en ti.

La contralora

Nuestra colega contralora es de piernas arqueadas, cabello crespo, lentes ópticos, siempre enfundada en un pantalón ceñido al cuerpo, taconeando muy fuerte.

Sale desde su oficina y cierra con llave. Regresa con su café, extrae sus llaves y abre. Se encierra y continúa trabajando frente al ordenador.

Los aullidos provienen desde su oficina. Aguzamos el oído funcionario. La imaginamos desnuda, melena al viento, senos al aire, cantando sobre el escritorio. Nuestra contralora escucha a Janis Joplin. No comprendemos esta extraña pasión.

Su blusa transparente deja ver su carne translúcida, blanca. A través del jeans adivinamos su calzón que le moldea el culo limitado por las leyes de la contraloría general de la república: no se puede tocar, no se puede rozar, no se puede poseer esa redondez legal ni por concurso público y menos por licitación. Cuando la rozamos por casualidad en la estrechez del pasillo ella se sobresalta, su mano nos aparta como a la peste, su cuerpo se tensa y exclama ¡Ay!, mientras regresa a su oficina con su décimo café del día, extrae la llave, abre, se encierra y escucha a la Joplin, Cry Baby, a todo volumen.

8

Reducción de personal

En la mañana ingreso al edificio que alberga las distintas reparticiones. La máquina, como el ojo de dios, registra mi huella dactilar. Algunos colegas ya han llegado y están sentados frente al ordenador.

Tengo que flectar mis piernas al ingresar por la puerta principal. Al desplazarme por el pasillo, la altura del techo no me permite estar de pie: tengo que caminar con la cabeza inclinada. Es un descanso sentarme en el pequeño escritorio y acomodarme en la silla aun cuando quedo con las piernas casi a la altura del pecho. Enciendo el ordenador. Abro una de las carpetas y retomo la pega anterior: copiar cifras, números, aplicar la fórmula que me ofrece el Excel para cuadrar el ingreso/egreso.

Se acerca un compañero de trabajo, agachado y murmura: hay que estar preparados, colega, se comenta que a fin de mes habrá reducción de personal. Y regresa agachado para acomodarse en su escritorio.

9

El viaje por el papel

Dispongo de poco papel. El asunto me preocupa. Redacto un memorándum solicitándolo. A la semana siguiente me responde el encargado de la unidad que tramitará la solicitud a la siguiente instancia administrativa. Quince días después se acerca el colega, agachado, y me extiende un documento para que firme y timbre. Me comenta:

—Pasado mañana iré por el papel. Luego toma el documento y regresa a su oficina.

Conozco ese viaje. En alguna oportunidad reemplacé al funcionario puesto que había tomado algunos días administrativos. Cuando me hice cargo de la unidad, el colega me extendió el timbre y un manojito de llaves. Por mi cuenta, a la hora de la colación, realicé el ejercicio de ingresar a la dependencia en donde se guardaba el material de escritorio. Me enfrenté a la primera puerta. Una de las llaves calzó en la cerradura. Ingresé para enfrentarme con una reja metálica. La abrí y continué mi camino. En el primer recodo di con una serie de estantes en donde se ordenaban las gomas guardadas en miles de pequeñas cajas. Avancé enfrentando a la siguiente puerta. La abrí. Estaba a oscuras. Encendí las luces de neón. En las estanterías se ordenaban las corcheteras. Eran de color negro, alineadas junto a corchetes de distinto tamaño. La próxima puerta me llevó a otro pasillo tan oscuro como el anterior. Encendí la luz. En un estante que partía desde el suelo y que llegaba hasta el cielo raso, descubrí los marcadores de páginas que se ordenaban por colores: amarillos, rojos, verdes. Observé mi reloj. No disponía de tiempo, no había alcanzado a almorzar y no había llegado al sótano lugar en donde se guardaba el papel. El cálculo más optimista me decía que al menos se tendría que disponer de una semana para llegar a él.

Al mes siguiente de elevada la solicitud mi colega llegó con una resma de papel. Respiré aliviado mientras firmaba y timbraba el documento en un original y cuatro copias.

Mi viaje por el papel podía esperar una mejor oportunidad.

10 El reclamo

A través de un memorándum me dan la orden de comunicarles a los artistas que obtuvieron premios que deben presentarse para recibir los recursos del estado por parte del Intendente quien es despreciado por la comunidad artística. Y que la ceremonia es formal. Me comunico vía telefónica pero uno de ellos no desea recibir de manos del Intendente su premio. Y menos aparecer con él en una foto oficial. “No le voy a dar en el gusto”, me comenta. Le informo que puede retirar su cheque al día subsiguiente de la ceremonia oficial. Dice “Okey”, y corta.

Cuando aparece el artista para retirar su documento, la administración le comunica que no pueden entregarle los recursos si no es a través del Intendente. El artista queda anodado e intervengo: ¿Ve ese letrero que dice OIRS y que significa “Oficina de Información Reclamos y Sugerencias”? “Si”, me dice. Pues bien, le digo: solicite un formulario y reclame. Después de 20 minutos de enviado el reclamo responde el nivel central: “Se está recurriendo a una ilegalidad. Entréguese inmediatamente los recursos al artista”. Y se lo entregan. Después de los sucesos el Director apenas me saluda. Intuyo que no renovarían mi contrato como funcionario a honorarios. No me importa. Estoy en paz.

Regreso a mi escritorio, agachado, enciendo el ordenador y continúo copiando cifras, Francisco.

11 El premio

Me ordenan citar en forma urgente al escritor J. Lo llamo y lo invito a presentarse a nuestras dependencias administrativas. Me consulta cuál es el motivo. Le comento que lo siento, que no puedo adelantarle los detalles de la cita pero que es urgente que se acerque el día siguiente a primera hora, con tenida formal. Y cuelgo.

El Director prepara su discurso y le solicita a la secretaria que no le pasen llamadas.

Al día siguiente el asistente de fondos prepara el salón de reuniones ubicado en el sótano. Coloca tazas, té, café, galletas, un hervidor.

A primera hora el personal administrativo, de planta y a honorarios, estamos instalado en torno a la mesa. Nuestro Director, en la cabecera, repasa y re lee su discurso.

Ingresa al salón la secretaria acompañando al escritor quien saluda tímidamente inclinando su cabeza hacia uno y otro lado. Nos colocamos de pie y el anfitrión se ubica en la cabecera opuesta.

El Director se coloca de pie, carraspea, se acomoda la corbata, agradece al artista su asistencia. Después de enumerar la acción del gobierno en torno a las políticas culturales, le comunica oficialmente al anfitrión que se ha adjudicado una beca de escritura. J., sorprendido, no sabe qué decir. Murmura que no ha postulado a ninguna beca. Que es un error. Insiste en comentar que no ha llenado formularios desde hace muchos años. Nuestro Director sonrío benévolo, paternalista, se coloca de pie, se acerca al premiado, le palmotea la espalda. Extrae desde una carpeta un cheque por concepto de beca de escritura. Se lo entrega. Firme este comprobante de egreso, le solicita. El escritor no sabe qué hacer con el documento en sus manos. Firme aquí, por favor. Firme aquí, es necesario. J. agobiado, firma. Destella un flash. Aplaudimos, bebemos nuestro café, nos guardamos un par de galletas para el resto de la jornada y nos retiramos desde el salón de sesiones. En fila india ascendemos por la escalera de espiral hacia la superficie.

Regreso a mi escritorio, enciendo mi ordenador y continuo copiando cifras. Suspiro.

12

Francisco me protege

Mientras cuelgo su imagen en la pared, pienso con fervor: Francisco, haz que mi mano no tiemble cuando deje caer el timbre sobre el memorándum; haz que tenga paciencia con los artistas que no saben fundamentar sus proyectos; haz que no los recrimine. Ilumina mis decisiones, Francisco, para no caer en errores administrativos.

Gracias, Francisco, por favor concedido, digo, y me acomodo frente a mi ordenador y la maldita planilla Excel, que odio con todo mi corazón porque sus columnas se pierden incontrolables en el universo y por toda la eternidad.

Sobre el autor

Realizó estudios de Literatura en la Universidad Austral de Chile. Es fundador, editor, Director de la revista de bolsillo Caballo de Proa.

Ha publicado Historias de Alicia la uruguaya que llegó un día (autoedición, Valdivia, 1979); Para Murales (El Kultrún, Valdivia, 1988); Plaza de la República, (El Kultrún, Valdivia, 1990); Disparos sobre Valdivia (El Kultrún, Valdivia, 1997; De cómo vivimos con Jesse James en Chile Chico (Autoedición, Valdivia, 2002); Relatos in Blues & Otros Cuentos (Puerto Montt, 2002); Minimales, Tres obras de Teatro Breve, (Conarte, Valdivia, 2003); El Rollo de Chile Chico, (Conarte, Valdivia, 2004), Cuentos Tamaño Postal, (El Kultrún, Conarte, Valdivia, 2005); De Trámite Breve, (Edición Caballo de Proa, Valdivia, 2006); El Korto Circuito (Afiche-literario), Autoedición, Valdivia, 2008; Tres disparos sobre Valdivia, de Peter William O'Hara (Colección Ínsula Barataria, El Kultrún / Consejo Regional de la Cultura y las Artes Región de los Ríos, Valdivia, 2009; La bala que acaricia el corazón, Nanonovela (Colección Ínsula Barataria, El Kultrún / Conarte, Valdivia, 2010.

Antologado en: Brevísima Relación del Cuento Breve de Chile, de Juan Armando Epple, Ed. Lar, Santiago, 1989; Cien microcuentos chilenos, Juan Armando Epple, Editorial Cuarto Propio, Santiago, Chile, 2002; Andar con Cuentos, Nueva Narrativa chilena, de Diego Muñoz Valenzuela y Ramón Díaz Eterovic, Mosquito Editores, Santiago, 1992; Héroes Civiles & Santos Laicos, de Yanko González-Cangas, Barba de Palo Ediciones, Valdivia 1999; Cien Microcuentos chilenos, de Juan Armando Epple, Cuarto Propio, Santiago, 2002; Al Sur de la Palabra, Letras de Chile (Mosquito Comunicaciones, Santiago, 2005); Letras Rojas, Cuentos negros y policíacos, Ramón Díaz Eterovic, compilador (LOM Ediciones, Santiago, 2009); Arden Andes, Antología de microficciones Argentinochilenas, Selección y prólogo de Sandra Bianchi, Macedonia Ediciones, Buenos Aires, Argentina, 2010.

En 1998 obtiene la Beca de Escritura del Consejo Nacional del Libro y la Lectura. El 2003 la Pasantía para Escritores Profesionales del Consejo Nacional del Libro y la Lectura para terminar de escribir el libro-objeto El Rollo de Chile Chico y el 2006 obtiene el premio Crónicas Regionales por su libro Patagonia Blues, del Consejo Nacional del Libro y la Lectura. En 2011 obtiene la Beca de creación literaria del Consejo Nacional del Libro y la Lectura.

Valdivia
Chile
Octubre
2011